



NUESTROS FUNDADORES EN 1951

Elias Rubio Marcos *

* G.E. Edelweiss

Al cumplirse ahora el cincuenta aniversario de la fundación del Edelweiss, parece oportuno volver la vista atrás, hacia 1951, y recordar cómo era el mundo en blanco y negro que adornaba la vida de José Luis Uribarri, Félix Rojo, Florencio Ramírez, Angel Ortega y J. Ramón Elvira cuando decidieron juntarse para formar nuestro ya añejo grupo espeleológico.

Los cuatro amigos, dieciochoañeros inquietos, vivían en un Burgos de poco más de 74.000 habitantes, en pleno apogeo de la dictadura del general Franco, donde de espeleología se sabía tanto como de sistemas informáticos. Más bien debía pensarse entonces que era una enfermedad.

Pese a estar cursando el bachillerato unos ("Joli"), y otros Comercio (Ortega), de lo que ocurría en el mundo es posible que nuestros pioneros desconocieran bastante. Su pasión era el campo, la montaña, las cuevas, y no les hablas de otra cosa. No

tenían en sus casas televisión, aunque sí una radio Telefunken, de esas de Matilde, Perico y Periquín, Parte y Arriba España. No es seguro, por eso, que supieran que, mientras en algunas de sus salidas campestres con la Sociedad de Montañeros Burgaleses deliberaban el modo de formar el Grupo, en el planeta pasaban cosas como los ahorcamientos de los procesados en el Juicio de Nuremberg, la invasión del Tíbet y la consiguiente ocupación de Lhasa por los chinos, la proclamación de la independencia de Libia, la Guerra de Corea, el divorcio de Rita Hayworth y del príncipe Alí Khan y otras cositas sin apenas importancia.

Y de España en general, qué iban a saber, si apenas tenían tiempo, tan

afanados como estaban con sus proyectos espeleológicos. ¿Sabrían, por ejemplo, que en marzo del año en cuestión fue "liquidado un intento de agita-



De izquierda a derecha: Félix Rojo, Angel Ortega y José Luis Uribarri. 1953

Foto cedida por Félix Rojo

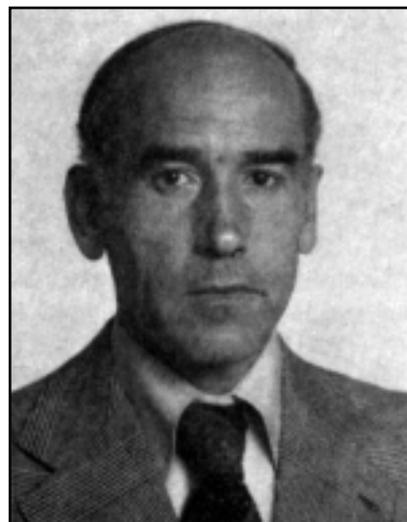
ción en Barcelona", o que en el mismo mes murieron los generales Queipo de Llano y Varela? No es seguro, aunque, vaya usted a saber, a lo mejor sí, porque el Diario de Burgos, que por entonces valía cincuenta céntimos y celebraba también su cincuenta aniversario, informaba de ello. Puede que supieran, también por el mismo conducto y por la fenecida Voz de Castilla, que España se proclamó campeona mundial de hockey sobre patines, y que el mítico jugador de fútbol húngaro Ladislao Kubala debutó ese año en el F.C. Barcelona. Esto último, todo un acontecimiento, sin duda, en una ciudad como Burgos, que como el resto de España, saboreaba todavía el "cantar de gesta" del Gol de Zarra.

De Burgos sí, de su ciudad conocían bien las novedades que se producían, y podían comentarlas en la imprenta "Manipuladora Burgalesa", que era propiedad de Elvira y estaba situada en la calle Avellanos (durante algún tiempo sirvió como local del Grupo). No eran muchas, las novedades, pero parecían importantes, como por ejemplo los descubrimientos e incautaciones de alijos de aceite de oliva por parte de las autoridades. Y es que el Racionamiento, más que el razonamiento, era entonces una cosa sagrada, a pesar del estraperlo. Con alborozo debieron recibir, por ejemplo, aquella noticia de que "Burgos es y será siempre por la providencia de Dios, el honor, el orgullo y la salvaguardia de nuestra patria", que decía un prócer de aquel tiempo, o aquella otra de parecidos tintes triunfalistas: "en nuestra pro-

vincia no existe prácticamente analfabetismo" (Sic. titular de DB).

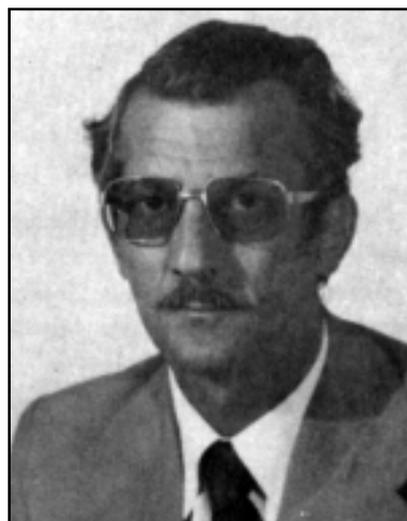
Pero nuestros intrépidos fundadores a lo suyo. Seguramente espoleados por aquellas últimas afirmaciones, sin desmayo alguno, Uríbarri, Rojo, Elvira, Ortega y Ramírez, domingo tras domingo, salían en busca de agujeros: en bicicleta a los cercanos a Burgos (Arcos de la Llana, Ubierna, Peñahorada, etc.) o en el tren "dominguero" Santander-Mediterráneo, hacia Salas de los Infantes o Villarcayo, en busca de alguna aventura mayor que llevar a sus rudimentarias cuerdas y linternas. Haciendo bueno, no paraban un festivo en Burgos. Y si paraban, ya sabían lo que les esperaba, lo que al resto de la juventud burgalesa: al mediodía el paseo por el Espolón, dando vueltas y más vueltas, arriba y abajo, a la sombra de los plátanos y lanzando tímidas y cómplices miradas a las muchachas que, bien agarraditas del brazo y en grupos, les resultaban muy familiares de tanto verlas en el paseo haciendo una y mil veces el mismo itinerario de sube y baja; por la tarde, también paseo, pero entonces las vueltas eran por el ruedo de la Plaza Mayor. Esos tradicionales paseos, como no podía ser de otra manera, dejaban a nuestros amigos un tanto exhaustos y mareados, y apenas si les quedaban ya fuerzas para, al anoecer, acudir a alguno de los bailes callejeros que tenían lugar en los barrios (San Gil, San Lorenzo, La Flora, San Pedro y San Felices, etc). Lo de los bailes solo era para pasar el rato, curiosar y probar suerte en "El Bote" que

todavía no había precintado la Guardia Civil, no por otra cosa, porque lo de bailar, lo de



José Luis Uríbarri
Miembro Fundador

ir a aquellas salas de baile en las que la fiesta siempre acababa con una brutal pelea bajo los efluvios etílicos, no les iba mucho a nuestros muchachos, esa es la pura verdad. Eran unos románticos, unos soñadores, prácticamente como lo hemos sido todos los que

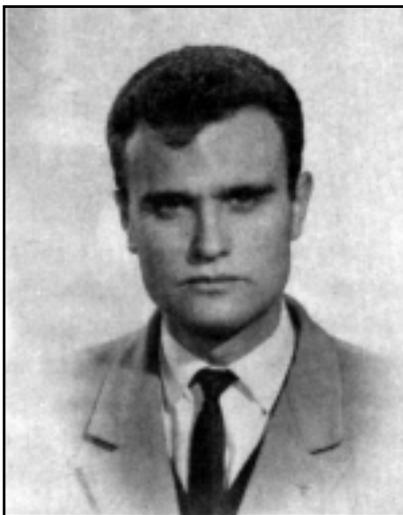


Félix Rojo
Miembro Fundador



Florencio Ramírez
Miembro Fundador

hemos pasado por el Grupo, y les iba más lo de ir al cine, por eso ahorran toda la semana para reunir el durillo que les costaba acceder al Rex o al Coliseo; claro, que si no alcan-



Angel Ortega
Miembro Fundador

zaban a reunir el duro, aún les quedaba la posibilidad de acceder al Popular Cinema, a la sazón el Pulguero, por la módica cantidad de una peseta.

Otra diversión de los jóvenes burgaleses en el año de nuestra fundación era la de

asistir a las vistosas procesiones que cada dos por tres se organizaban en la ciudad. Las procesiones, larguísimas como ellas solas, eran por aquella época actos sociales de especial relieve. En ellas se daba cita la práctica totalidad de la población, bien participando como espectadores o bien como desfilantes. Solía coincidir que entre estos últimos se encontraban las chicas de mejor ver de la ciudad, ellas lo sabían, y por eso procuraban exhibirse en las hileras laterales, que no en las del centro, pegadas a los bordillos de las aceras, y los chicos también lo sabían, por eso estaban allí, más atentos a la moza que les hacía tilín que a los devotos rezos y cánticos. En resumen: que nuestros fundadores veían cierto atractivo a las procesiones del Domingo de Ramos, del Corpus, del Carmen y de cualesquier otra, que había muchas, y no las ponían grandes reparos, pese a su eternidad y a los rigores climáticos.

Pocas más cosas podía hacer para no aburrirse un jovencito de la edad de nuestros fundadores en aquel Burgo de mitad del siglo XX, a no ser que les diera la vena cultural, y se adentraran en los vericuetos de la vetusta biblioteca del Espolón, la que estaba en la casa del Consulado del Mar. Se sabe de buena tinta que las lecturas favoritas de estos pioneros eran las novelas de Emilio Salgari y de Julio Verne, como no podía ser de otra forma.

Alguno de los que integraban el grupo, por aquel tiempo estaba enrolado en Falange, que era el único sitio caliente en donde uno podía enrolarse si quería jugar al fútbolín,

comer una ración de berberechos por dos reales o ir de campamentos, y por eso tenían acceso al Hogar de la calle Defensores de Oviedo. En este Hogar reinaba por entonces un conserje, que era el que se encargaba del ambigú (el bar) y el que vigilaba si el que entraba se cuadraba bien al hacer el saludo con el brazo en alto, tal que un Jefe de Centuria, o si, por el contrario, lo hacía con desgana, en cuyo caso le conminaba a hacerlo de nuevo, bajo la amenaza de prohibirle la entrada.

Era una época aquella de brazo extendido, sí, pero también de besar anillos y de rodilla en tierra; una época que nuestros amigos podían ver como lo más natural del mundo. Si caminaban por la calle y en algún cuartel cercano, de los muchos cuarteles que había entonces en la ciudad, sonaba un cornetín detrás de las tapias anunciando el arriado de bandera, ellos sabían, como el resto de los viandantes masculinos que le oían, que era recomendable pararse y quedarse firmes y sin pestañear, hasta que la bandera patria estaba correspondientemente arriada, so pena de alguna mirada aviesa de algún señor de bigote recto. De rodillas se ponían cuando, paseando tan tranquilos por la calle, les llegaba a lo lejos el sonido de una campanilla intermitente; perfectamente sabían nuestros aspirantes a exploradores que se acercaba la comitiva de El Viático, o lo que es lo mismo, un cura que, con paso decidido, iba al domicilio de algún convecino que estaba agonizando para suministrarle los últimos sacramentos, acompañado por un monagui-

llo, que era el que tocaba el esquilín. Puestos ya de pie y siguiendo como si nada su paseo hacia El Bodegón, hacia aquella taberna con olor a sardinas asadas que gustaban frecuentar y que se encontraba junto a la cárcel vieja de Francisco Salinas, Joli, Rojo y compañía, podían perfectamente encontrarse a continuación con un nutrido grupo de seminaristas que, en fila de a dos y con sus llamativos fajines y bonetes rojos, regresaban al Seminario después de dar un saludable y alegre paseo por el campo.

Y así, entre diversión y diversión, cuando de repente les entraba fuerte mono de explorar algo, o recibían la poderosa llamada de las tinieblas subterráneas, nuestros aguerridos fundadores se inter-

naban por los "tenebrosos" pasadizos del río Arlanzón, entre los puentes de Santa María y el Paseo de la Isla. Competían en esos antros de sillares para ver quien los recorría antes sin luz, lo que en algunas ocasiones les proporcionaba más de un tropezón con los cazagatos, con personas que buscaban algún felino que llevar a la cazuela, tal que si fuera conejo o libre, que tanta era la necesidad por la que pasaban algunos burgaleses.

En 1952, Burgos y sus cosas, así como nuestros fundadores, seguían con la misma rutina. Bueno, con la misma no, porque en ese año se registra una nueva incorporación al Grupo, la de Higinio Sastre, y porque los incipientes espeleólogos realizan su primera gran



J. Ramón Elvira
Miembro Fundador

exploración: la de la Cueva de los Cárcavos, del Valle de Valdivielso. Pero esa es ya otra historia.

Elías Rubio Marcos
Burgos, 30 de abril de 2001



Félix Rojo, Joaquín Uríbarri, César Battaner y Carlos Battaner. Cueva Mayor de Atapuerca 1958.
Foto Fedé.
(cedida por Félix Rojo)